

#Una aclaración: no practico el psicoanálisis de niños. Mi práctica es con adolescentes y adultos. Lo digo no solo para marcar el territorio desde el que hablo, sino porque hay allí un tema problemático: tendemos a hablar, a organizarnos incluso -el mismo espacio de FEPAL que organiza esta conversación es una prueba de ello- en torno al sintagma “niños y adolescentes”, como si fueran un par indisoluble.

Creo que no necesariamente debería ser así. La adolescencia es una especie de placa giratoria -como lo es la *fobia*, que puede asociarse tanto a la histeria como a la obsesión- pero el par con que asociemos la adolescencia -sea con la niñez, sea con la adultez- marcará puntos de enunciación distintos y privilegiará distintas problemáticas.

Si desde la primera perspectiva probablemente se acentúen los aspectos evolutivos, el adolescente como niño desarrollado; desde la segunda se privilegiarán algunas encrucijadas estructurales, los aspectos que hacen de la adolescencia un boceto de la adultez. En ese sentido, la clínica con jóvenes fertiliza la perspectiva de la clínica de los adultos. Algo de esto se pierde al asumir como una realidad incuestionable el par “niños & adolescentes”.

Como provocativamente el escritor Michel Houellebecq:

“la adolescencia es la única etapa en la que se puede hablar de vida en el verdadero sentido del término... Los atractores pulsionales se desenfrenan en torno a los trece años y luego disminuyen poco a poco, o más bien se resuelven en modelos de comportamiento que sólo son fuerzas petrificadas... a partir de ese momento ya está todo dicho, y la vida ya no es más que una preparación a la muerte. Lo cual puede expresarse de forma más brutal y menos exacta diciendo que el hombre es un adolescente disminuido”

Me gustaría puntuar tres ideas fuerza, que puedan ser por un lado tan claras y contundentes como para generar preguntas; por otro lado lo suficientemente opacas como para que las respuestas que podamos ensayar no sean prefabricadas.

La amable convocatoria de Beth y la Comisión Directiva de FEPAL es pensar en un trío conceptual: fronteras/adolescencia/pandemia. Tenemos una tradición estudiando interrelaciones triples: cc,prec,inc; yo, ello, superyó; real, imaginario, simbólico, por lo que no debería resultarnos complicado hacerlo. La inflexión que quiero darle a mi intervención es triple también: mutación, frontera y riesgo.

I Mutación

#Escribí un libro sobre la travesía adolescente a partir de la imagen de los jóvenes como funambulistas. Mientras lo corregía, días atrás, me encontré con esta frase:

“Es imposible historiar el presente. A lo sumo podemos, en tanto testigos, consignar lo que va sucediendo mientras la especie humana se convierte en aérea para sobrevivir”

Solo reemplazaría la palabra “aérea” por “puertas adentro”. *Nos estamos convirtiendo en una especie de puertas adentro para sobrevivir.* Más aún niños y jóvenes, quienes permanecerán puertas adentro mucho más tiempo aun.

#Freud habló -no de la adolescencia, sino de la pubertad- en términos de *metamorfosis*. Pero no solo se juega un cambio en el programa codificado de la especie (metamorfosis), sino un cambio epocal que incidirá en el código mismo de la especie (mutación), a través de sus individuos más permeables a los cambios (los adultos no lo son, los niños lo son en mayor grado, aunque moderados por el cuidado adulto al que están sujetos).

#Estamos en medio de una mutación epocal, desde antes de la pandemia. Esa mutación se advierte en muchos planos que tienen efectos sobre la subjetividad: cambios 1 en relación a la legalidad y al lugar del padre, 2 en relación a la sexualidad y la orientación en torno al falo, 3 en la deriva de una modernidad sólida -donde vio la luz el psicoanálisis- a una posmodernidad líquida, 4 en el paso de lo analógico a lo digital... La pandemia acentúa la velocidad de esa mutación.

Los adolescentes son mutantes por definición, y en tanto tales están mucho más preparados que nosotros para afrontarla. Su capacidad de adaptación, puesta a prueba por los grandes desafíos que conlleva la adolescencia, es notable. Tienen más herramientas que nosotros.

No solo el contagio del virus puede avanzar de modo aritmético o geométrico: también la permeabilidad al cambio en los jóvenes sigue esa razón. Pero ellos, pegados a sus pantallas como siempre, quizás hayan cambiado menos que nosotros en este par de meses.

II Frontera

#La adolescencia misma es una frontera, si la pensamos más como una zona que como un límite. Sabemos que durante siglos ha sido prácticamente inexistente, como un delgado límite geográfico dibujado en un mapa que se traspasa sin siquiera mostrar pasaporte. Desde ese extremo, a lo que sucede hoy en día, donde la moratoria adolescente se extiende por muchísimos años, quizás más de los necesarios, hay un abanico de infinitas posibilidades.

En esta zona de frontera habitada por nuestros jóvenes rigen leyes que no son ni las de la niñez, ni las de la adultez.

#Si se ponen a pensar, muchos de los comportamientos de los adolescentes en cuarentena reconocen antecedentes en épocas normales: desde 1 mirar la misma película por separado hasta 2 editar en grupo videos en Tik Tok cada uno desde su casa, 3 desde bailar cada uno su música aun estando con otros -como en los silent concerts- hasta 4 unirse al mundo, a sus redes, por las pantallas de sus celulares, aun estando juntos en la misma habitación. Están acostumbrados a inventarse 5 avatares para sus juegos y conviven con el universo virtual con una familiaridad envidiable.

Es cierto que están privados de reunirse con amigos y parejas, no pueden hacer deportes ni vagabundear, y en ese sentido no pueden avanzar en los trabajos de la adolescencia y la reconfiguración identitaria que implican.

Pero allí no radica la principal dificultad, sino lo que están sí obligados a hacer: *convivir con las familias*. Más allá de que muchos logren convivencias pacíficas o que la cuarentena represente incluso un *upgrade* en la calidad de los vínculos, justo cuando sus sus coordenadas vitales los llevan a jugar la partida afuera, deben quedarse adentro.

Probablemente la idea más pregnante de frontera que esté presente hoy en día, en hogares de clase media urbana que por lo general constituyen la clientela habitual de los psicoanalistas, sea la de *los límites de la casa*, lo *doméstico* como zona de frontera, como *espacio transicional* que se cristaliza como espacio endogámico, desplazando tareas que necesariamente deben realizarse puertas afuera.

Lo que me lleva directamente al otro punto que deseo subrayar:

III Riesgo

Es obvio que la problemática ligada a la pandemia está en relación al *riesgo* (*de enfermar, de morir, de colapsar los sistemas sanitarios, de quebrar*). Al mismo tiempo, aquellos más obligados a la cuarentena -los niños, los jóvenes- son quienes *menos* riesgo tienen de enfermar por el coronavirus. Pero cuidarlos, manteniéndolos en casa previniendo un riesgo, los exponemos a otro, el de *que el riesgo falte*.

Sucede como con la misma noción de *falta*, que es necesario que no falte y hace que muchos síntomas de la neurosis se expliquen desde esa dinámica: que no falte la falta, pues si faltara sería una suerte de muerte del deseo, y en ese sentido de muerte subjetiva.

En la adolescencia, el riesgo no puede faltar.

Freud lo escribió en unas frases de las que solo su final suele recordarse:

La vida se empobrece, pierde interés, cuando la máxima apuesta en el juego de la vida, que es la vida misma, no puede arriesgarse... No osamos considerar cierto número de empresas que son peligrosas pero en verdad indispensables como los ensayos de vuelo, las expediciones a países lejanos, los experimentos con sustancias explosivas... La inclinación a no computar la muerte en el cálculo de la vida trae por consecuencia muchas otras renunciaciones y exclusiones. Y no obstante, la divisa de la Hansa decía Navigare necesse est, vivere non necesse: Navegar es necesario, vivir no lo es.

La paradoja de estos tiempos que vivimos, es que -para protegerlos/protegerlos de un riesgo- obligamos a nuestros jóvenes a dejar de correr otros riesgos.

Quizás algo de eso se juegue en un fenómeno bárbaro que se ha detectado y que es la contracara de la cuarentena: las *fiestas covid-19*, donde jóvenes no infectados se reúnen con otros infectados para bailar y beber, infectarse y desarrollar anticuerpos. Más allá de censurarlas, debemos comprender el mecanismo en juego.

Quizás sea función de los padres y analistas, colaborar en que las palestras donde nuestros jóvenes se miden sean seguras, donde su necesidad de desafío y transgresión no impliquen riesgos desmesurados, donde animemos a quienes temen a arriesgarse y frenemos a quienes lo hacen sin ningún cuidado de sí.

Pero hoy, maniatados todos frente a la posibilidad de imaginar esos espacios -se trate de lo que se dirime en los colegios o en las discotecas, practicando deportes o viajando o enfrentándose al otro sexo- cautivos en un espacio endogámico, un riesgo mayor acecha.

#Si la adolescencia equivale -como pienso- a transitar una cuerda floja, como un funambulista donde quien deja de ser niño comienza a caminarla para llegar convertido en un joven adulto, esa travesía implica necesariamente riesgos.

La frase de Freud -navegar es necesario, vivir no lo es- podría pensarse casi como un manifiesto adolescente.

Mariano Horenstein